

contrado que la colaboración tan desconfiadamente entregada la víspera, era no sólo aceptable, sino extraordinariamente interesante. Y que su autor merecía la más cordial enhorabuena. Una sincera voz de aplauso.

Surgía, pues, la recia personalidad de un relatista auténtico. El porvenir le reservaba sitio envidiable en la literatura. Alcanzaría una eminente posición en las letras nacionales.

El cuento que Palacio, con explicable desaliento, había ofrecido a la publicidad, fué "Un hombre muerto a puntapiés", título que daría nombre a su primer libro. Y que, no obstante su extensión, juzgo esencial reproducirlo: Por la fuerza narrativa, por la penetración psicológica, por la preponderante originalidad que encierra:



UN HOMBRE MUERTO A PUNTAPIÉS

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

"¿Cómo echar al canasto los palpitantes acontecimientos callejeros?"

"Esclarecer la verdad es acción moralizadora".

"El Comercio" de Quito.

"Anoche, a las doce y media próximamente, el Celador de Policía N° 451, que hacía el servicio de esa zona, encontró, entre las calles Escobedo y García, a un individuo de apellido Ramírez casi en completo estado de postración. El desgraciado sangraba abundantemente por la nariz, e interrogado que fué por el Celador dijo haber sido víctima de una agresión de parte de unos individuos a quienes no conocía, sólo por haberles pedido un cigarrillo. El Celador invitó al agredido a que le acompañara a la Comisaría de turno con el objeto de que prestara las declaraciones necesarias para el esclarecimiento del hecho, a lo que Ramírez

se negó rotundamente. Entonces, el primero, en cumplimiento de su deber, solicitó ayuda de uno de los chaufferes de la estación más cercana de autos y condujo al herido a la Policía, donde, a pesar de las atenciones del médico, Dr. Ciro Benavides, falleció después de pocas horas.

"Esta mañana, el señor Comisario de la 6ª ha practicado las diligencias convenientes; pero no ha logrado descubrirse nada acerca de los asesinos ni de la procedencia de Ramírez. Lo único que pudo saberse, por un dato accidental, es que el difunto era vicioso.

"Procuraremos tener a nuestros lectores al corriente de cuanto se sepa a propósito de este misterioso hecho".

No decía más la crónica roja del "Diario de la Tarde".

Yo no sé en qué estado de ánimo me encontraba entonces. Lo cierto es que reí a satisfacción. ¡Un hombre muerto a puntapiés! Era lo más gracioso, lo más hilarante de cuanto para mí podía suceder.

Esperé hasta el otro día en que hojeé anhelosamente el Diario, pero acerca de mi hombre no había una línea. Al siguiente tampoco. Creo que después de diez días nadie se acordaba de lo ocurrido entre Escobedo y García.

Pero a mí llegó a obsesionarme. Me perseguía por todas partes la frase hilarante: ¡Un hombre muerto a puntapiés! Y todas las letras danzaban ante mis ojos tan alegremente que resolví al fin reconstruir la escena callejera o penetrar, por lo menos, en el misterio de **por qué** se mataba a un ciudadano de manera tan ridícula.

Caramba, yo hubiera querido hacer un estudio experimental; pero he visto en los libros que tales estudios tratan sólo de investigar el **cómo** de las cosas; y entre mi primera idea, que era ésta, de reconstrucción, y la que averigua las razones que movieron a **unos individuos** a atacar a otro a puntapiés, más original y beneficiosa para la especie humana me pareció la segunda. Bueno, el **por qué** de las cosas dicen que es algo incumbente a la filosofía, y en verdad nunca supe qué de filosófico iban a tener mis investigaciones, además de que todo lo que lleva humos de aquella palabra me anonada. Con todo, entre miedoso y desalentado, encendí mi pipa.—Esto es esencial, muy esencial.

La primera cuestión que surge ante los que se enlodan en estos trabajitos es la del método. Esto lo saben al dedillo los estudiantes de la Universidad, los de los Normales, los de los Colegios y en general todos los que van para personas de provecho. Hay dos métodos: la deducción y la inducción (Véase Aristóteles y Bacon).

El primero, la deducción me pareció que no me interesaría. Me han dicho que la deducción es un modo de investigar que parte de lo más conocido a lo menos conocido. Buen método: lo confieso. Pero yo sabía muy poco del asunto y había que pasar la hoja.

La inducción es algo maravilloso. Parte de lo menos conocido a lo más conocido. . . . (¿Cómo es? No lo recuerdo bien. . . . En fin, quién es el que sabe de estas cosas?) Si he dicho bien, este es el método por excelencia. Cuando se sabe poco, hay que inducir. Induzca, joven.

Ya resuelto, encendida la pipa y con la formidable arma de la inducción en la mano, me quedé irresoluto, sin saber qué hacer.

—Bueno, ¿y cómo aplico este método maravilloso?, me pregunté.

Lo que tiene no haber estudiado a fondo la lógica! Me iba a quedar ignorante en el famoso asunto de las calles Escobedo y García sólo por la maldita ociosidad de los primeros años.

Desalentado tomé el Diario de la Tarde, de fecha 13 de enero —no había apartado nunca de mi mesa el aciago Diario— y dando vigorosos chupetones a mi encendida y bien culotada pipa, volví a leer la crónica roja arriba copiada. Hube de fruncir el ceño como todo hombre de estudio —una honda línea en el entrecejo es señal inequívoca de atención!—

Leyendo, leyendo, hubo un momento en que me quedé casi deslumbrado.

Especialmente el penúltimo párrafo, aquello de "Esta mañana, el señor Comisario de la 6ª. . . ." fué lo que más me maravilló. La frase última hizo brillar mis ojos: **"Lo único que pudo soberse, por un dato accidental, es que el difunto era vicioso"**. Y yo por una fuerza secreta de intuición que Ud. no puede comprender, leí así: ERA VICIOSO, con letras prodigiosamente grandes.

Creo que fué una revelación de Astartea. El único punto que me importó desde entonces fué comprobar qué clase de **vicio** tenía el difunto Ramírez. Intuitivamente había descubierto que era. . . . No, no lo digo para no enemistar su memoria con las señoras. . . .

Y lo que sabía intuitivamente era preciso lo verificara con razonamientos, y si era posible, con pruebas.

Para esto, me dirigí donde el señor Comisario de la 6ª quien podía darme los datos reveladores. La autoridad policial no había logrado aclarar nada. Casi no acierta a comprender lo que yo quería. Después de largas explicaciones me dijo, rascándose la frente:

—Ah!, sí. . . . El asunto ese de un tal Ramírez. . . . Mire que ya nos habíamos desalentado. . . . Estaba tan oscura la cosa! Pero, tome asiento; por qué no se sienta, señor. . . . Como Ud. talvez sepa ya, lo trajeron a eso de la una y después de unas dos horas falleció. . . . el pobre. Se le hizo tomar dos fotografías, por un caso. . . . algún deudo. . . . ¿Es Ud. pariente del Sr. Ramírez? Le doy el pésame. . . . mi más sincero. . . .

—No, señor —dije yo indignado—. Ni siquiera le he conocido. Soy un hombre que se interesa por la justicia y nada más. . . .

Y me sonreí por lo bajo. ¡Qué frase tan intencionada! ¿Ah? "Soy un hombre que se interesa por la justicia". ¡Cómo se atormentaría el señor Comisario! Para no cohibirle más, apresuréme:

—Ha dicho usted que tenía dos fotografías. Si pudiera verlas. . . .

El digno funcionario tiró de un cajón de su escritorio y revolvió algunos papeles. Luego abrió otro y revolvió otros papeles. En un tercero, ya muy acalorado, encontró al fin.

Y se portó muy culto:

—Usted se interesa por el asunto. Llévelas no más, caballero. . . . Eso sí, con cargo de devolución —me dijo, moviendo de arriba a abajo la cabeza al pronunciar las últimas palabras y enseñándome gozosamente sus dientes amarillos—.

Agradecí infinitamente, guardándome las fotografías.

—Y dígame usted, señor Comisario, ¿no podría recor-

dar alguna seña particular del difunto, algún dato que pudiera revelar algo?

—Una seña particular. . . . un dato. . . . No, no. Pues, era un hombre completamente vulgar. Así más o menos de mi estatura —el Comisario era un poco alto—; grueso y de carnes flojas. Pero una seña particular. . . . no. . . . al menos que yo recuerde. . . .

Como el señor Comisario no sabía decirme más, salí, agradeciéndole de nuevo.

Me dirigí presuroso a mi casa; me encerré en el estudio; encendí mi pipa y saqué las fotografías, que con aquel dato del periódico eran preciosos documentos.

Estaba seguro de no poder conseguir otros y mi resolución fué trabajar con lo que la fortuna había puesto a mi alcance.

Lo primero es estudiar al hombre, me dije. Y puse manos a la obra.

Miré y remiré las fotografías, una por una, haciendo de ellas un estudio completo. Las acercaba a mis ojos; las separaba, alargando la mano; procuraba descubrir sus misterios.

Hasta que al fin, tanto tenerlas ante mí, llegué a aprenderme de memoria el más escondido rasgo.

¡Esa protuberancia fiera de la frente; esa larga y extraña nariz que se parece tanto a un tapón de cristal que cubre la poma de agua de **mi** fonda; esos bigotes largos y caídos; esa barbilla en punta; ese cabello lacio y alborotado!

Cogí un papel, tracé las líneas que componen la cara del difunto Ramírez. Luego, cuando el dibujo estuvo concluído, noté que faltaba algo; que lo que tenía ante mis ojos no era él; que se me había ido un detalle complementario e indispensable. . . . ¡Ya! Tomé de nuevo la pluma y completé el busto, un magnífico busto que al ser de yeso figuraría sin desentono en alguna Academia. Busto cuyo pecho tiene algo de mujer.

Después. . . . después me ensañé contra él. ¡Le puse una aureola! Aureola que se pega al cráneo con un clavito, así como en las iglesias se las pegan a las efigies de los santos.

¡Magnífica figura hacía el difunto Ramírez!

Mas, ¿a qué viene esto? Yo trataba trataba de saber por qué lo mataron; sí, **por qué** lo mataron

Entonces confeccioné las siguientes lógicas conclusiones:

El difunto Ramírez se llamaba Octavio Ramírez. (Un individuo con la nariz del difunto no puede llamarse de otra manera);

Octavio Ramírez tenía cuarenta y dos años;

Octavio Ramírez andaba escaso de dinero;

Octavio Ramírez iba mal vestido; y, por último, nuestro difunto era extranjero.

Con estos preciosos datos, quedaba reconstruída totalmente su personalidad.

Sólo faltaba, pues, aquello del motivo que para mí iba teniendo cada vez más caracteres de evidencia. La intuición me lo revelaba todo. Lo único que tenía que hacer era, por un puntillo de honradez, descartar todas las demás **posibilidades**.

Lo primero, lo declarado por él, la cuestión del cigarrillo, no se debía siquiera **meditar**. Es absolutamente absurdo que se victime de manera tan infame a un individuo por una futilidad tal. Había mentido, había disfrazado la verdad; más aún, asesinado la verdad, y lo había dicho porque **lo otro** no quería, no podía decirlo.

¿Estaría beodo el difunto Ramírez? No, esto no puede ser, porque lo habrían advertido enseguida en la Policía y el dato del periódico habría sido terminante, como para no tener dudas, o, si no constó por descuido del repórter, el señor Comisario me lo habría revelado, sin vacilación alguna.

¿Qué otro vicio podía tener el infeliz victimado? Porque de ser vicioso, lo fué; esto nadie podrá negármelo. Lo prueba su especinamiento en no querer declarar las razones de la agresión. Cualquier otra causal podía ser expuesta sin sonrojo. Por ejemplo, ¿qué de vergonzoso tendrían estas confesiones?:

"Un individuo engañó a mi hija; lo encontré esta noche en la calle; me cegué de ira; le traté de canalla; me le lancé al cuello, y él, ayudado por **sus amigos**, me ha puesto en este estado" o

"Mi mujer me traicionó con un hombre a quien traté

de matar; pero él, más fuerte que yo, la emprendió a furiosos puntapiés contra mí" o

"Tuve unos líos con una comadre y su marido, por vengarse, me atacó cobardemente con **sus amigos**".

Si algo de esto hubiera dicho nadie extrañaría el suceso.

También era muy fácil declarar:

"Tuvimos una reyerta".

Pero estoy perdiendo el tiempo, que estas hipótesis las tengo por insostenibles: en los dos primeros casos, hubieran dicho algo ya los deudos del desgraciado; en el tercero su confesión habría sido inevitable, porque aquello resultaba demasiado honroso; en el cuarto, también lo habríamos sabido ya, pues animado por la venganza habría delatado hasta los nombres de **los agresores**.

Nada, que lo que a mí se me había metido por la honda línea del entrecejo era lo evidente. Ya no caben más razonamientos. En consecuencia, reuniendo todas las conclusiones hechas, he reconstruido, en resumen, la aventura trágica ocurrida entre Escobedo y García, en estos términos:

Octavio Ramírez, un individuo de nacionalidad desconocida, de cuarenta y dos años de edad y apariencia mediocre, habitaba en un modesto hotel de arrabal hasta el día doce de enero de este año.

Parece que el tal Ramírez vivía de sus rentas, muy escasas por cierto, no permitiéndose gastos excesivos, ni aún extraordinarios, especialmente con mujeres. Había tenido desde pequeño una desviación de sus instintos, que lo depravaron en lo sucesivo, hasta que, por un impulso fatal, hubo de terminar con el trágico fin que lamentamos.

Para mayor claridad se hace constar que este individuo había llegado sólo unos días antes a la ciudad teatro del suceso.

La noche del 12 de enero, mientras comía en una oscura fonducha, sintió una ya conocida desazón que fué molestandole más y más. A las ocho, cuando salía, le agitaban todos los tormentos del deseo. En una ciudad extraña para él, la dificultad de satisfacerlo, por el desconocimiento que de ella tenía, le azuzaba poderosamente. Anduvo casi desesperado, durante dos horas, por las calles céntricas, fijando anhelosamente sus ojos brillantes sobre las

espaldas de los hombres que encontraba; los seguía de cerca, procurando aprovechar cualquier oportunidad, aunque receloso de sufrir un desaire.

Hacia las once sintió una inmensa tortura. Le temblaba el cuerpo y sentía en los ojos un vacío doloroso.

Considerando inútil el trotar por las calles concurridas, se desvió lentamente hacia los arrabales, siempre regresando a ver a los transeúntes, saludando con voz temblorosa, deteniéndose a trechos sin saber qué hacer, como los mendigos.

Al llegar a la calle Escobedo ya no podía más. Le daban deseos de arrojarse sobre el primer hombre que pasara. Lloriquear, quejarse lastimeramente, hablarle de sus torturas. . . .

Oyó, a lo lejos, pasos acompasados; el corazón le palpitó con violencia; arrimóse al muro de una casa y esperó. A los pocos instantes el recio cuerpo de un obrero llenaba casi la acera. Ramírez se había puesto pálido; con todo, cuando aquél estuvo cerca, extendió el brazo y le tocó el codo. El obrero se regresó bruscamente y lo miró. Ramírez intentó una sonrisa melosa, de proxeneta hambrienta abandonada en el arroyo. El otro soltó una carcajada y una palabra sucia; después siguió andando lentamente, haciendo sonar fuerte sobre las piedras los tacos anchos de sus zapatos. Después de una media hora apareció otro hombre. El desgraciado, todo tembloroso, se atrevió a dirigirle una galantería que contestó el transeúnte con un vigoroso empujón. Ramírez tuvo miedo y se alejó rápidamente.

Entonces, después de andar dos cuadras, se encontró en la calle García. Desfalleciente, con la boca seca, miró a uno y otro lado. A poca distancia y con paso apresurado iba un muchacho de catorce años. Lo siguió.

—Pst! Pst!

El muchacho se detuvo.

—Hola rico. . . . ¿Qué haces por aquí a estas horas?

—Me voy a mi casa. . . . ¿Qué quiere?

—Nada, nada. . . . Pero no te vayas tan pronto, hermoso. . . .

Y lo cogió del brazo.

El muchacho hizo un esfuerzo para separarse.

—¡Déjeme! Ya le digo que me voy a mi casa.

Y quiso correr. Pero Ramírez dió un salto y lo abrazó. Entonces el galopín, asustado, llamó, gritando:

—¡Papá! ¡Papá!

Casi en el mismo instante, y a pocos metros de distancia, se abrió bruscamente una claridad sobre la calle. Apareció un hombre de alta estatura. Era el obrero que había pasado antes por Escobedo.

Al ver a Ramírez se arrojó sobre él. Nuestro pobre hombre se quedó mirándolo, con ojos tan grandes y fijos como platos, tembloroso y mudo.

—¿Qué quiere usted, só, sucio?

Y le asestó un furioso puntapié en el estómago. Octavio Ramírez se desplomó, con un largo hipo doloroso.

Epaminondas, así debió llamarse el obrero, al ver en tierra a aquel pícaro, consideró que era muy poco castigo un puntapié, y le propinó dos más, espléndidos y maravillosos en el género, sobre la larga nariz que le provocaba como una salchicha.

¡Cómo debieron sonar esos maravillosos puntapiés!

Como el aplastarse de una naranja, arrojada vigorosamente sobre un muro; como el caer de un paraguas cuyas varillas chocan estremeciéndose; como el romperse de una nuez entre los dedos; ¡o mejor como el encuentro de otra recia suela de zapato contra otra nariz!

Así:

¡Chaj! {
¡Chaj! { con un gran espacio sabroso.

Y después: ¡cómo se encarnizaría Epaminondas, agitado por el instinto de perversidad que hace que los asesinos acribillen sus víctimas a puñaladas! ¡Ese instinto que presiona algunos dedos inocentes cada vez más, por puro juego, sobre los cuellos de los amigos hasta que queden amoratados y con los ojos encendidos!

¡Cómo batiría la suela del zapato de Epaminondas sobre la nariz de Octavio Ramírez!

¡Chaj! {
¡Chaj! { vertiginosamente,
¡Chaj! {

en tanto que mil lucesitas, como agujas, cosían las tinieblas.

Pablo Palacio se suma al núcleo de escritores organizado en Quito. El encarna la fina tangibilidad de la ironía. Fluye de sus palabras, en ágiles saltos, la sátira volteriana.

Al apreciarlo, en su inagotable expresión cáustica, se adquiere el convencimiento de que debió ser "un enfant terrible" en la escuela. Autor contumaz de apodos luminosos. Y, por lo mismo, elemento inspirador de constantes reyertas infantiles. Debió sobrellevar cierta medrosa antipatía de los profesores.

Pero Pablito —como unánimemente lo llamábamos— ejercitaba su verbo tremante, sólo contra ciertas "personas y cosas" que desgraciadamente abundan en el país. Por eso, tenía que utilizar continuamente la acerada punta de lanza de sus invectivas. . . . Por eso tenía que esgrimir a menudo la espontánea habilidad del calificativo bárbaro en ocasiones. Frecuentemente incisivo. Pero siempre cabal.

Palacio fué un amigo leal y franco. Severo, si se quiere. Amigo en toda la ancha acepción del vocablo. Su vida fué un cauce de noble ejemplaridad. La pasión de los libros abrasó, como llama inextinguible y alentadora, los mayores espacios de su existir sereno. Jamás nos acompañó, con desproporcionado olvido de las horas, en nuestras andanzas nocherniegas: cuando estudiante, porque el tiempo tenía para él invalorable significación. Cuando abogado, porque los días eran preciosos para enriquecer su ilustración profesional. Cuando catedrático universitario, porque quiso hacerse digno del interés y del respeto de sus alumnos. Gracias al caudal de enseñanzas que pudiera transmitirles. Porque Palacio entregó a la docencia todo cuanto poseía: talento, voluntad, amorosa dedicación. Para la honradez que ceñía sus actos, como un hermoso cingulo de dignidad, resultaba inconcebible la posición del profesor mediocre. Que coloca sobre los primordiales deberes de su misión conductora y responsable —con notoria ausencia de vocación— el afán de lucro o la ambición de situaciones interesadas. La cuantía de la remuneración o la categoría del cargo. El quiso llegar a ser un maestro in-

tegro. Respetable por la riqueza de conocimientos. Por la inquietud de saber, lograda a fuerza de abnegación. Por la vigilante e infatigable búsqueda de la verdad. Quiso acercar sus labios sedientos a las puras linfas de las disciplinas científicas. Y, efectivamente, llegó a ser un experto guía de juventudes. Un auténtico maestro. Fué un hombre que demostró plena conciencia y dominio de sí mismo, en todas las actividades que comprometieron su corta, pero nítida, su acrisolada vida pública.

¡Quién puede restar posibilidades —en el doloroso e intempestivo naufragio de su elevada inteligencia— a ese desorbitado inquirir a la Filosofía, en permanente actitud de investigación. Obstinado por conocer la Razón que gobierna todo, penetrándolo todo. Unica cosa en que consiste la Sabiduría, según Heráclito de Efeso!

Pablo Palacio se dió entero, con amor y con fe, con la pujanza sincera de su juventud, a la obra ciclópea, de eliminar prejuicios, en esta tierra surcada de incomprensión, abrazada con musulmana indolencia a las orinecidas rejas del Pasado. Se entregó con virilidad de hombre y sacrificada pureza de apóstol, a la siembra laboriosa y heroica de la semilla socialista. Sirvió empenosamente al arduo propósito de despertar la conciencia de las masas oprimidas. Trabajó con denuedo por su liberación económica. Por su mejoramiento social. Por la redención de su espíritu cautivo. Combatió con ardor. En la prensa. En la tribuna. En la barricada.

Y si la lucha por el ideal obligaba al sacrificio de herir, él lanzaba la bomba de su dialéctica revolucionaria. Horadaba la coraza de los políticos cazurros y desbarataba con celeridad las más sólidas defensas del adversario.

Inolvidable, su actitud vertical y sincera, en una asamblea liberal que, por inútil cortesía, invitó a participar en ella a dos estudiantes universitarios de izquierda: Pablo Palacio y Jaime Chaves Granja.

En audaz beligerancia con la totalidad de sus componentes —hombres avezados a la gazmoñería política— ellos supieron definir y defender con energía su posición de hombres nuevos. Fué una jornada olímpica. Una contienda desigual. De una parte, el vicioso oficialismo con máscara de remozamiento y ficticio marbete de legalidad. Y

de otra, una juventud sin achaques. Sensible al clamor de las multitudes maltrechas por la injusticia.

Tendrán, asimismo, relieves de perduración las opiniones vertidas en "Cartel". De corta pero fecunda y clara acción ideológica. Particularmente aquel memorable "Comentario del año 1957": una vibrante execración de los funcionarios que permitieron —si no organizaron— una cobarde agresión a los estudiantes y obreros que realizaron una manifestación el 1º de mayo de 1932. Anticipada y estigmatizadora conmemoración del 25º aniversario de aquel villano ataque.

Después. . . . No serán leves ni raros los desengaños que abrirán surcos de dolor en esa vida diáfana. Dedicada, sin tregua, al estudio. A la labor educativa. A la viviente emoción de la lucha por la justicia social.



Una mañana nos encontramos casualmente. Era domingo. Inicial de la fiesta anual de Momo. Quito se torna aburrido durante aquellos tres días. Indispensable recluírse en la propia habitación. Una grotesca costumbre pone a los transeuntes en absoluto riesgo de ser salvajemente bañados en plena calle. Es necesario esquivarse. Es preferible abandonar la ciudad.

Palacio me convenció: "el campo es tierra en grande, con viento. . . . Tierra alfombrada y verde. . . . Montañas azules. . . ."

Y buscamos el apacible retiro de un balneario. Cada uno portábamos dos compañeros: nuestros libros. Los suyos, naturalmente, tenían que ser tratados de Filosofía. La soledad le era propicia, ideal para la meditación. El descanso lo aprovechaba para estudiar. En la pradera blanda nos tendíamos plácidamente. La cara al cielo. La mirada en la lineal sorpresa de las páginas virginales. . . .

Desde la fría elevación de las colinas próximas, respirando el vaho de la madrugada, mirábamos la lenta ascensión del sol. Bebíamos horizontes. ¡Oh, la sensación de tibieza que nos proporcionaba el sol!

Hundidos hasta el cuello en el agua cristalina, contemplábamos a los bañistas. De pronto llegaron hasta el borde de la piscina algunos hombres ébrios. Con desagradable sonrisa tuvimos que mirar cómo algunos de ellos eran sorpresivamente lanzados al agua por sus compañeros. Los pesados vestidos y las enormes botas, dejaban grandes charcos a su salida a tierra. Los circunstantes reían a carcajadas. Era una modalidad sui géneris de jugar el Carnaval....

La noche de nuestra llegada, nos visitaron unos amigos encontrados por casualidad en el villorrio. Nos dedicamos a jugar a las cartas. Pablo Palacio buscó el lecho. No le atraía el poker. Ni le halagaba la perspectiva de una mala noche. Turbaban su reposo nuestras risas y las voces estruendosas. El, cortesmente se tragaba la protesta. A la noche siguiente, la escena volvió a repetirse. Pablito, en previsión de que la última noche ocurriera lo mismo, había hecho desaparecer las barajas. Efectivamente, esta circunstancia evitó que su sueño fuera otra vez interrumpido....

Al retornar a la ciudad, pudimos ver, desde la pequeña ventanilla del ómnibus, prendidas a la superficie de un charco que bordeaba el camino, en un recodo solitario, las manchas multicolores de las cartas veleidosas....

Los personajes que animan los relatos y las novelas de Pablo Palacio, si bien son fantásticas creaciones de su imaginar, suelen aparecer en escenarios harto reconocibles y ostentar el inconfundible sello de las desventuras y las perversidades humanas.

Emprende en la difícil tarea de buscar retazos de vida, con la cuidadosa preocupación de aprisionar aquellos que pueden pasar por inverosímiles, pero que, dentro de la absurdidad de la que no está limpio el mundo, denotan, muy perceptiblemente, tipos y asuntos que no hemos dejado de observar alguna vez. Podemos entrever en toda su obra, síntesis desgarradoras de la realidad viviente. No

obstante su intención de apartarse lo más lejos posible de la objetividad.

Y la contemplación de la lacería, de la ignominia y de la tragedia humanas, arranca de su espíritu la hiriente mueca del dolor. Del dolor que quiere hacer reír, en un paradójal intento de evasión. Ya lo dijo alguno: "describir nuestros dolores es una manera de evadirnos de ellos". Pero Palacio no quiere hacer suyo el dolor que vierten sus cuentos, en un jocosa amargura. En una inconsistente alegría de circo. . . . Y sin embargo, esa visión de la fatalidad, que quiere ser meramente subjetiva, "mezclada a una fina ironía, a una bufonería casi macabra, es lo que da a sus cosas ese sabor extraño". Esa modalidad propia de todos sus libros.

Retuerce entre sus dedos a los seres vulgares, con todas sus petulancias y sus amilanamientos. Los arroja febrilmente sobre el escenario que les ha creado. Como un tropel de potros salvajes. Para darse el placer de contemplarlos dueños absolutos de su libertad. Para verlos encabritarse. Avanzar piafantes bajo la protección del instinto. O caer destrozados al fondo de los precipicios que se prenden a la sinuosa lateralidad de los caminos. . . . De esa coalición brusca de destinos, extrae frases hinchadas de sarcasmo. Palabras rotas contra los guijarros del fracaso. Epítetos marginales, nerviosos o contradictorios, como la interminable tragicomedia del cotidianismo. Provocadora de sonrisas, carcajadas, contracciones amargas y gestos espantables en el registro facial de los hombres.

La compleja personalidad literaria de Palacio, recuerda, a veces, el humorismo cruel de Eça de Queiroz. La fleumática irascibilidad del irlandés de las tres iniciales: G. B. S., que corresponden a George Bernard Shaw. Tiene algo de la magnificente fuerza inventiva y cáustica de Villers, el autor cardinal de los dramas comprimidos. Nos hace pensar, igualmente, en la hilarante perversidad de Pirandello. Y ¿por qué no? también, en esa nueva y potencial forma de expresar el ridículo, que posee el singular inventor de las "greguerías". El espíritu grande y desparpajado de Ramón Gómez de la Serna.

Quiero copiar algunos renglones de la última novela

que publicó. En ellos resalta —fuerte y propia— su personalidad. Y su manera, angustiosamente irónica, de describir el mundo y al destronado rey de la creación que lo habita:

SUEÑOS

.....

¡Ya está aquí mi hijo! ¡Ya está aquí mi hijo!

¡Gentes de este lado del mundo, sabed que me ha nacido un hijo! Ay, pobre Ana, tú no sabes que hemos tenido un hijo.

Ven acá cosilla mía, cosilla mía gelatinosa y amoratada; ven acá, entre mis manos.

Alárgate, infláte, crece como el viento en un solo instante. Vé a gritar la verdad en la oreja misma de los hombres, con el mugido de los toros embravecidos: esta verdad encerrada en tí. Vé a ensordecerlos, a encogerlos, a asombrarlos.

Ay, cosilla gelatinosa, no llores, no grites; pareces así un juguete de goma.

Voy a instruírte por un momento en las cosas de acá. En silencio, en voz baja. Que no nos oigan, calla!

Mira, cosilla, aquí, bajo todos nosotros, está la Tierra, la única cosa que verdaderamente está. La Tierra es una gran pelota que tiene encima todos los cachivaches que mañana van a apasionarte y también es una bomba diminuta que continuamente está viajando en la nada. La nada es algo inmenso.... no. La nada es nada que nunca termina.... no. No puedes entender lo que es la nada! No hay uno que la entienda. Ni hace falta.

Pero mira: sobre esa bombilla transeúnte vivimos momentáneamente millones de seres movedizos y tenebrosos. Seres y pelotita toman el nombre de creación. El hombre es el rey de la creación.